LA DUDA

(Cuento)

HERMINIA estaba nerviosa, contrariada, era en vano todo su esfuerzo para lograr aquella deseada declaración, explícita, franca, contundente, que ella deseaba de Adolfo. Veía comprometida, a un tiempo mismo, su reputación y su prestigio.

Su amor propio había estado satisfecho durante algún tiempo con aquel amor rendido, apasionado, que un hombre tan elegante como Adolfo le demostraba. El traía un cartel de hombre mundano, libertino, dado a devaneos amorosos y lances caballerescos de esos que cautivan tanto la atención y el interés de las mujeres, como despiertan los celos y la rivalidad de los hombres.

Su cartel de *buen mozo,* de hombre adorado locamente por las mujeres, parecía rodearlo de un prestigio algo misterioso, como si en el fondo de aquellos enamoramientos hubiese un secreto o una cosa extraordinaria.

El sabía tratar a todos con una galantería exquisita y aparecer siempre raro, refinado, espiritual, matizándolo todo de interés y poniendo un sello de distinción. Alto, delgado, de cabellos muy rubios, ojos azules y tez pálida, su tipo contribuía a esa ilusión que producía en todos, como si emplease una fuerza magnética simpática.

Es verdad que muchos de sus rasgos delataban que ya no

era un joven, pero aquella misma madurez parecía poner una nota más interesante. A veces lo favorecía su abandono, su pereza, su cansancio, que le daba algo de inmovilidad, como si tuviese la cabeza de corcho y los ojos vacíos; una de esas cabezas de guillotinados que aparecen en los escenarios donde se representa la farsa de guillotinar a un espectador.

Herminia no le había amado. Se había sentido orgullosa de su preferencia; mas poco a poco se había ido despertando en ella un empeño y un interés que se parecían mucho de amor.

Adolfo se había acercado también a ella por vanidad. Era la mujer a la moda, esa moda tan efímera de que gozan durante algunos años las mujeres que frecuentan los salones y que tan pronto pasa y es sustituída por otra.

Rica, viuda, joven, extravagante, Herminia tenía todas las condiciones para triunfar en uno de esos reinados fáciles. Sus *toilettes* atrevidas, audaces, algo extrañas, muy elegantes siempre, pero de una moda imposible de seguir para las demás, de una moda estilizada, arreglada para ella; aumentaban su hermosura, algo estrambótica, maligna, con los ojos muy grandes, color tabaco, el color de los ojos de las mujeres complicadas, la tez muy morena, que se obscurecía con ligeras aplicaciones de tintura de yodo en agua y polvos de ocre, delgada, vaporosa, con los labios frescos y el cabello magnífico. Tenía fama de desdeñosa, de indomable, de indiferente, y aquellas dificultades empeñaron el amor propio de conquistador y el espíritu curioso, ávido de investigar, de Adolfo.

El se mostraba rendido, apasionado; la rodeaba en público de un ambiente de adoración que la satisfacía y la aterraba a un tiempo. Era como un bello pájaro enjaulado en una jaula de hebras de seda, mal unidas, que se espera siempre verlo escapar. Tenía siempre interés por todo y por *todas*, una atención a todas las mujeres, una predisposición a encontrar la belleza en las menos favorecidas, una galan-

tería inmanente, como si él fuese un amante posible para todas.

Luego, cuando estaban solos, él le hablaba de todo menos de sí mismos. La elogiaba tenía una atención para todos los detalles de su *toilette* que la satisfacía por completo, que la unía a él. El fijarse en todas aquellas minucias suyas era algo como sorprender todas las exquisiteces de su espíritu.

—Ese perfume le está mejor que el otro. Se combina con su piel de un modo extraordinario.

—Le está a usted bien ese naranja, pero la hace un poco *canalla*... está diabólica. El azul obscuro le da mayor distinción; cuando quiera ser dulce y acogedora, vístase el azul.

—Están maravillosos esos buclecitos tan ligeros, le sombrean el rostro y no le dan dureza a las líneas.

Y así siempre, como si la desnudase con la mirada, le analizaba las formas de las carnes, de los vestidos, la gracia de los sombreros, la distinción de los adornos, una joya, un pañuelo, un bolsillo.

De vez en cuando insistía en una broma que la molestaba.

—¿Por qué no se corta usted el pelo y se viste de muchacho? Estaría adorable.

Después de la temporada de gran asiduidad, Adolfo parecía alejarse sin haberle dicho nada definitivo de su amor. Aquella retirada era su derrota. Bien veía ella cómo trabajaban sus amigas para ocupar el puesto de favoritas del hombre a la moda. Se gozaban en contarle cuanto le podía molestar.

—Dicen que Adolfo le hace el amor a Juanita la bailarina. Le ha regalado unas esmeraldas preciosas.

Adolfo iba ayer con la Marquesa del Trofeo. Parece que el Marqués está fuera y él le hace más llevaderas las horas.

—Anoche estaba Adolfo en el teatro en el palco de los señores de Retorta; parece que le gusta la niña; es una doña Inés inocente y mística. Un lienzo blanco, interesante; un bello campo de investigación para un hombre como

Adolfo. Con esas niñas suelen caer. Esta lleva una millonada en dote.

Otras veces llegaban rumores de otro género. Adolfo se reunía con toda la sociedad *de clase*. T dos los e. travagantes, la gente alegre, los aristócratas, lc políticos, los artistas, cuantos se distinguían por algo eran sus amigos. Se solía reunir con preferencia con todos los afeminados, los que hacían alarde de su naturaleza, presentándola como un colmo de refinamiento.

Una vez que ella le censuró su despreccupación, él lanzó una carcajada.

—No hay que preocuparse de nada —dijo—; sólo los burgueses tienen derecho a inquietarse. Yo me suelo divertir en decir que soy uno de ellos.

Pero mientras hablaba la atraía hacia sí, le estrechaba las manos, la acariciaba, como si sus actos desmintiesen las palabras.

No se atrevía ella a oponerse, segura de que sus caricias habían de ser siempre superficiales, frívolas, poniendo en ellas la ligereza y la indiferencia con que se podría acariciar a un muñeco.

A la más ligera protesta la rechazaba con un gesto de desdén y burla.

—No es usted capaz de salir de la vulgaridad. Es usted una pobre mujer.

Y ella, que quería ser elegante y audaz para él, se lanzaba a las más locas empresas para agradarlo, para conquistarlo, para vencerlo. Bailes, comidas, paseos; cosas todas inocentes, bobas, hasta la estupidez, y que le granjeaban una fama capaz de dar al traste con su reputación. Ya muchas de sus amigas no la saludaban y otras se contentaban con disculparla piadosas.

—Está loca. No hay que hacerle caso.

II

Cuando acababa su tocado entró Luisa.

—¿Vas a salir?

—Sí... No te digo que vengas porque eres una mogigata incapaz de acompañarme.

—No es eso. Es que yo no creo que haces bien en lo que haces.

—¿Pero qué hago? ¡A ver! ¿Perjudico a alguien?

—Te perjudicas tú.

—Porque este es un país imposible. Salgo, río, charlo con mis amigos. No hago nada malo... Sólo que no soy hipócrita.

Luisa la escuchaba tristemente.

—Hoy ¿dónde vas?

—Espero a Adolfo... Vamos a cenar, al teatro, después a tomar chocolate, luego a deambular por las calles... a ver amanecer.

—A una exhibición sin objeto. Eso no te puede satisfacer. Ni tú estás enamorada de Adolfo, ni él de ti.

—¿Crees?

—Lo aseguro. Le interesa mucho más el joven Luzon... Ya te convencerás.

No tuvo ella tiempo de contestar. Adolfo, haciendo uso de la familiaridad, que le permitía entrar sin anunciarse, penetró en la habitación, y aunque en el fondo le contrariaba encontrarla, saludó a Luisa amablemente.

—¿Por qué no es usted de los nuestros?

—Gracias, no puedo...

—Herminia está adorable esta noche; la favorecen esos

tonos amarillos del traje. No se sabe hacer bastante cobrizo el color. Estaría mejor un poco más cetrina y un poco más delgada.

—¿Más aún?

—Si es la moda. Mme. Amarante, que pesa menos que ella, se hace dar todos los días masaje eléctrico... ¿Está usted ya dispuesta, amiga mía?

—Sí.

—Pues si usted quiere... he mandado preparar una mesa para seis personas en el Rist, una comida especial. Nos acompañarán el Conde de Paris, Luzon, Lucerito la bailarina y Mme. Amarante... toda gente distinguida, de sprit... Nos creeremos un momento en plenos Italianos o en pleno Picadilly.

Herminia se había levantado y se ponía el abrigo, sonriente. Por un momento le había contrariado no comer sola con Adolfo; después la encantó la idea de reunirse con aquellas gentes extrañas, un poco exóticas, que daban a todo un sello de distinción. No podía haber mal en esto, puesto que estarían en público, en un sitio tan concurrido. Le molestaba y le robaba la alegría la mirada triste de Luisa. Esas gentes que no saben comprender nuestro mundo, son insoportables, se decía; pero en el fondo había algo que no podía engañarla.

III

Tal vez aquella impresión le hacía no estar contenta. Por primera vez se fijaba en las otras mesas y le parecía que en ellas tomaban mayor exaltación los manjares. Empezaba a disgustarle la expectación contenida del público, la curiosi-

dad que notaba. Sobre todo un desdén que no ocultaban las otras mujeres encastilladas en su vulgaridad, un desdén rencoroso, envidioso.

Adolfo bebía demasiado. No era de buen tono aquella sed que le hacía apurar tantas copas. Ella lo miraba inquieta cada vez que llevaba el vaso a los labios; veía enrojecer su tez pálida y que se volvía más dicharachero y locuaz. Un momento sintió celos de Luzon, contemplando la asiduidad con que lo obsequiaba. Le ofrecía esas mil pequeñas atenciones que se prodigan en la mesa los enamorados; y sus ojos se encendían amorosos contemplándolo. A los postres, mientras el joven mondaba una manzana, sujetándola con el tenedor, Adolfo dijo:

—Es una mano adorable la de Manolito... Hay que confesar, señoras, que en cuestión de líneas, un hombre bello tiene mayor corrección. Yo creo en la leyenda de Leonardo, pintando con un modelo masculino su Gioconda.

La bailarina y Mme. Amarante, que llevaban largo rato ocupándose una de otra, sin hacer caso de los demás, interrumpieron la conversación, y la primera repuso con su voz bronca:

—Mientras son unos niñitos como este, los hombres están guapos, porque parecen mujeres; pero en cuanto se les abulta la curva de la felicidad...

Se creyó en su deber de intervenir el Conde, que apenas podía disimular su fastidio.

—Eso les sucede más pronto a ustedes, señoras; la mujer envejece antes.

—Nosotras no podemos saberlo por experiencia—añadió Mme. Amarante—. Lo que sí podemos asegurar es que en igualdad de condiciones no nos superan ustedes; los que más parecen desdeñarnos se pasan la vida envidiándonos.

—No es cierto—repuso con voz atiplada el jovencito—. Dios me librará de querer parecerme a una mujer. Yo creo que tú eres la que desearías ser hombre.

La francesa miró tímidamente a la bailarina, sin atreverse a negar ni afirmar, y Adolfo, riendo, le tomó la mano.

—Eso no, sería mi desesperación—dijo—. Yo estoy enamorado de esta mujercita, tan frágil, tan vaporosa, tan adorable... Me parece que tiene algo de llama de alcohol.

Aquél alhago pareció cambiar la actitud de la joven, que tendió su cuello largo y escuálido hacia Adolfo, enviándole una sonrisa húmeda y roja con sus labios pintados.

La bailarina hizo un brusco movimiento de contrariedad, y como si deseara vengarse, se volvió hacia el Conde y empezó a hablarle de sus danzas.

Herminia se sentía sola; ella sobraba allí. Los celos que un momento antes había sentido de Manolito Luzon los sentía ahora de la francesa. ¿Aquel hombre, con su fama de enamorado, de galanteador, que tan bellas mujeres había exhibido, era en verdad un amante del bello sexo?

La acometía una duda cruel, esbozada ya otras veces y ahora más viva que nunca. En su despecho se dirigió a Luzon, amable, sonriente, y empezó una conversación llena de coquetería. Adolfo la miraba con inquietud. ¿Estaba celoso de ella o de él?

Se apresuró a dejar la mesa apenas terminó la comida.

—Vamos a tomar el café en mi *garsoneri*—dijo—. Allí podremos convencernos de quién es la más bella.

Hizo un gesto de quererla enlazar por el talle. Toda la dignidad de Herminia se sublevó.

—Yo me voy a mi casa.

—Cómo ¿Estás celosa?

Ella acabó de indignarse.

—¿Celosa de qué?

Por cínico que él fuera se sintió herido con el tono despectivo de la joven.

—Tal vez de alguna de nuestras amigas—repuso audaz.

—Es una insolencia...

No pudo seguir.

—¡Qué burgués es eso de incomodarse!—interrumpió él con una carcajada.

Y viéndola desconcertada, sin saber qué hacer, ni qué decir, continó.

—Sí, está usted nerviosa y debe convenirle el reposo. La llevaré a usted en el auto.

—Prefiero quedarme aquí—contestó temblorosa, temiendo no poderse contener.

La saludó ceremoniosamente, y como el Conde y la bailarina ya se habían alejado, enlazó con el mismo gesto amoroso a Manolito y a la francesa y se alejó tranquilo, cínico, sonriente.

Ella lo vió perderse en el Hall entre las gentes que volvían la cabeza a su paso, y un sentimiento de curiosidad dominó su contrariedad y su despecho. Era como una pregunta que flotaba, sin que nadie se atreviese a formularla. Su duda: la duda que aquellas costumbres y aquel mundo engendraban ya en todas y en todos. Quería distinguir a quién se dirigía el gesto amoroso de su amigo y sentía una desesperación honda, profunda, al no poderse responder a la pregunta:

—¿Cuál de los dos es el que le interesa?

CARMEN DE BURGOS.
(Colombine)